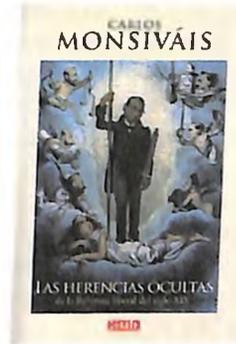


Víctor Orozco



Carlos Monsiváis, *Las herencias ocultas de la Reforma liberal del siglo XIX*. Debate, México, 2006, 383 pp.

¿Para qué sirve la Historia, es decir, saber algo del pasado, tratar de reconstruirlo con la mayor fidelidad y cabalidad posibles para luego narrarlo valiéndose de un conjunto de argumentos creíbles? Winston Churchill, quien entre sus múltiples destrezas tuvo la de saber historiar, respondía a la pregunta diciendo que entre más lejos mires hacia atrás más lejos mirarás hacia delante. Ello implica

que el interés en el pasado es más bien interés en el futuro, en buscar claves en el primero para tratar de descifrar o fraguar el segundo como lo quisiéramos. Pero, no necesariamente es tal el propósito de los que escriben sobre Historia, pues hay quienes que se ocupan de ella como lo hace el artista, al que no le inquieta averiguar si su obra "sirve" para algo o para alguien, sino por el puro placer estético o vital de pensarla y reallizarla. A veces, también se escribe para descubrir los lazos de identidad o afinidad que surgen con personajes y situaciones de antaño.

Creo que Carlos Monsiváis tuvo estas últimas principales motivaciones cuando redactó su libro, *Las herencias ocultas de la Reforma liberal del siglo XIX*, que acaba de publicar una casa editora filial de Televisión Azteca. Los tópicos que aborda se refieren a personajes que han quedado, a pesar de todos los pesares, como faros o puntos

Los LIBROS

de referencia en la historia intelectual y política de México y Latinoamérica. Benito Juárez, Juan Bautista Morales, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Payno y Vicente Riva Palacio. La elección es medio arbitraria, porque si bien puede considerarse que todos los que están son los que deben estar, faltan muchos otros que no están y deberían estar. Lo mismo sucede con los temas sobre el Estado y la Iglesia y la memoria popular.

Tan vastos son estos territorios, que se comprende la imposibilidad de transitarlos todos en un volumen. Y muchísimo menos en una nota periodística. Me refiero, por ello, sólo a uno de los personajes cuya vida y obra aborda el texto de Monsiváis. Esto es, de Ignacio Ramírez, "El Nigromante", que resplandece entre tantos brillos. Este hombre, de quien se ha escrito mucho, pero del que está muy lejos de haberse dicho lo suficiente, representa

la ruptura con el antiguo sistema colonial y el parto de la nueva nación mexicana. Casi todo lo que hizo y dijo se inscribe en este contexto, como se manifiesta en uno de sus versos que reza: *En ser indio mi vanidad se funda*. ¿Cómo podría alguien, durante los tres siglos anteriores, proclamar orgullos por ser indio? A lo más que llegaban los indígenas, en materia de sentimientos enaltecedores, era a inspirar piedad o conmiseración en pocas almas caritativas. Por cierto, ni aún éstas escaparían a la crítica mordaz de "El Nigromante", que aspira no a la lástima, sino a la emancipación de su clase: *El señor don Juan de Robles, / con caridad sin igual, / hace ese santo hospital / y también hace los pobres*.

La crítica social de Ramírez permanece, a siglo y medio de distancia, sin perder su punzante agudeza y sin caer en el anacronismo, no obstante el cambio de actores y escenarios. Podemos cambiar algunas pa-

labras en el siguiente párrafo que transcribe Monsiváis y nos encontramos en el mundo de nuestros días:

Pobre pueblo: sin poder hacerte rico, no te quieren dejar pobre y te hacen miserable. Solo para ti no hay propiedad, pues los frutos de tu agricultura van en primicias a la Iglesia, y lo demás al poder de los propietarios, que no reconocen de sus campos sino sus títulos.

Sustitúyase a los latifundistas por los grandes tenedores de acciones, ténganse presentes a las actuales políticas públicas y modelos económicos "para acabar con la pobreza" que han provocado la caída de millones en la miseria y allí está de nuevo el pensamiento de Ramírez con todo su vigor.

"El Nigromante" (en la tradición clásica, el que adivina el futuro leyendo en las entrañas de los muertos) se hizo famoso desde su juventud por su espíritu iconoclasta. En una sociedad cerrada

y cautiva por los dogmas y las formas esclerotizadas, Ramírez anuncia el vendaval del cambio y la revolución. No se contentó con proclamar la libertad de pensamiento y de expresión, sino que ejerció a fondo la segunda para alcanzar la primera, en una relación que hizo decir a Jesús Reyes Heróles, con referencia al siglo XIX mexicano, que aquí la hija ayudó a parir a la madre. En los fastos de la historia de las ideas y de las liberaciones en México, la lectura que hizo el joven Ramírez en la Academia de Letrán, de su composición "No hay Dios; los seres de la naturaleza se sostienen por sí mismos", ha quedado como uno de los hitos que marcan el tránsito mexicano de la sociedad cuasimedieval heredada de la colonia a la modernidad. Hilarión Frías y Soto sintetiza la significación del momento: "México sintió el calosfrío del presentimiento, porque en aquel blasfemo principio se translucía una revolución social, que

los LIBROS

removería desde sus cimientos la sociedad vieja...". Era apenas 1837, cuando Ramírez se atrevió a proclamar su ideario en un acto de audacia sin precedente puesto que en los últimos siglos, ya fuera en la Península Ibérica o en los dominios americanos, no existía ningún espacio, público o privado, sin dominio absoluto del dogma religioso. Y así se había continuado durante la primera mitad de la centuria.

El compromiso de Ramírez con las causas libertarias va más allá de la lucha por romper las ataduras generales: su preocupación abarca causas específicas, como la de los indígenas o las mujeres. Como hombre de su tiempo, quiere hacer de la educación de ambos una fuerza liberadora, que ha de comenzar con las madres de familia, para arrancarles de la ignorancia y los prejuicios.

Hay otras dos caras en la vida de Ignacio Ramírez que toco. Una, la del romántico incurable, que muy

en su siglo, hizo del sentimiento amoroso uno de los motivos de la existencia. Sexagenario ya, en una competencia desigual por los favores de la legendaria Rosario de la Peña (que enamoró que se sepa y por igual a Manuel Acuña, Manuel M. Flores y José Martí), le compuso numerosos poemas. Uno de ellos, que recupera Monsiváis, dice: *Cuando pasen los años, oh, Rosario, / si no me encierras en pequeño olvido, / así dirás con aire distraído: / era la extravagancia un armario... / como nació y vivió, murió desnudo*. Las últimas palabras del verso retratan la existencia completa de "El Nigromante".

Mucho se beneficiaría el país si los miembros de nuestra clase política aprendieran de este mexicano multifacético: filósofo, poeta, jurista, militante, periodista, legislador, juez, funcionario público. Tuvo oportunidad de enriquecerse traficando con bienes estatales o vendiendo la justicia, como lo han hecho tantos,

pero cuando murió no había para pagar los gastos del sepelio. Tal congruencia entre la vida y el pensamiento, con mucha, mucha, dificultad se encuentra en cualquier parte.

Otras varias lecturas son posibles del libro comentado, que no se puede leer sin que le gane a uno la simpatía por estos personajes cuyos bocetos biográficos le fueron inspirados a Carlos Monsiváis, según lo veo, por pura afinidad.